

que no sea más que por la identidad de la ley, la evolución del cometa en el firmamento á las vueltas del infusorio en la gota de agua. Máquina hecha de espíritu; engranamiento enorme, cuyo primer motor es el mosquito, y cuya última rueda es el zodiaco.

IV

CAMBIO DE REJA

Parecía que este jardín, creado en otro tiempo para ocultar los misterios del libertinaje, se había transformado, haciéndose propio para proteger los misterios de la castidad. Ya no había ni cunás, ni cenadores cubiertos, ni grutas; había una magnífica sombra que caía como un velo por todas partes. Pafos se había convertido en Edén. Cierta remordimiento había purificado aquel retiro; aquel ramillete ofrecía sus flores al alma; aquel jardín lleno de coquetería, tan comprometido en otro tiempo, había entrado en la virginidad y en el pudor. Un juez, ayudado por un jardinero, un buen hombre que creía ser la continuación de Lamoignon, y otro buen hombre que creía ser la continuación de Lenôtre, habían cercado, cortado, igualado, compuesto y arreglado, para la galantería; la naturaleza le había hecho suyo después; le había llenado de sombra, y le había arreglado para el amor.

Había también en aquella soledad un corazón que estaba preparado. El amor no tenía que hacer más que manifestarse; tenía allí un templo compuesto de verdor, de hierba, de musgo, de suspiros deavecillas, de suaves tinieblas, de ramas agitadas, y

un alma de dulzura, de fe, de candor, de esperanza, de aspiración y de ilusión.

Cosette había salido del convento aún casi niña; tenía poco más de catorce años, y estaba «en la edad ingrata:» ya hemos dicho que, fuera de los ojos, parecía más bien fea que bonita; no tenía, sin embargo, ninguna facción desgraciada; pero era delgada, sosa, tímida y atrevida á la vez; una niña grande, en fin.

Su educación estaba terminada; es decir, la habían enseñado religión, y, sobre todo, devoción; la «historia,» es decir, lo que se llama así en el convento; la geografía, la gramática, los participios, los reyes de Francia, un poco de música, dibujar una nariz, etc.; pero, por lo demás, ignoraba todo; lo cual es un nuevo atractivo, mas también un peligro. No debe dejarse el alma de una joven tan completamente en la obscuridad, porque más adelante penetran en ella resplandores demasiado repentinos y demasiado vivos, como en una cámara oscura; debe iluminársela suave y discretamente, más bien con el reflejo de la realidad que con su luz directa y viva; con una especie de sencillez útil y graciosamente austera, que disipe los temores pueriles é impida las caídas. Sólo el instinto materno, intuición admirable en que entran los recuerdos de la virgen y la experiencia de la mujer, sabe cómo y de qué modo debe ser esta semi-luz. Nada puede reemplazar á este instinto. Para educar el alma de una joven, todas las monjas del mundo no valen lo que una madre.

Cosette no había tenido madre; había tenido muchas madres, en plural.

En cuanto á Juan Valjean, poseía toda la ternura, todos los cuidados posibles; pero no era más que un viejo que nada sabía.

Ahora bien; en esta obra de la educación, en este

grave asunto de la preparación de una niña para la vida, ¡cuánto saber se necesita para luchar contra esa gran ignorancia que se llama inocencia!

Nada prepara á una joven para las pasiones como el convento: el convento dirige el pensamiento hacia lo desconocido. El corazón replegado sobre sí mismo se socava, no pudiendo dilatarse, y se profundiza, no hallando expansión. De aquí provienen las visiones, las suposiciones, las conjeturas, los bosquejos novelescos, el deseo de aventuras, los castillos en el aire, los edificios enteros creados en la obscuridad interior del espíritu, sombrías y secretas moradas, en que las pasiones encuentran pronto donde alojarse luego que les permite entrar la puerta abierta. El convento es una compresión, que, para triunfar del corazón humano, necesita durar toda la vida.

Cosette, al salir del convento, no podía encontrar nada más grato ni más peligroso que la casa de la calle Plumet, que era la continuación de la soledad con el principio de la libertad; un jardín cerrado, pero una naturaleza vigorosa, rica, voluptuosa y aromática; los mismos sueños que en el convento, pero viendo á los jóvenes; una reja, pero reja que daba á la calle.

Sin embargo, cuando entró en esta casa era aún, como hemos dicho, una niña. Juan Valjean la entregó aquel jardín inculto.—Haz de él lo que quieras,—le dijo. Esto entretenía á Cosette, que ponía en movimiento todas las flores y todas las piedras, buscando «gusarapos;» jugaba mientras llegaba el tiempo de meditar; amaba aquel jardín por los insectos que encontraba bajo sus piés entre la hierba, mientras llegaba el tiempo de amarle por las estrellas que pudiera ver por entre las ramas sobre su cabeza.

Además, amaba á su padre, es decir, á Juan Valjean, con toda su alma, con una sencilla pasión

filial, que hacía del buen viejo un compañero deseado y querido. El lector recordará que el señor Magdalena leía mucho; Juan Valjean continuaba haciendo lo mismo; había llegado á hablar bien; tenía la secreta riqueza, y la elocuencia de una inteligencia humilde y verdadera, que se ha cultivado espontáneamente. No le había quedado más aspereza que la justamente precisa para sazonar su bondad; era un genio rudo y un corazón amable. En el Luxemburgo, en sus conversaciones con Cosette, hacía largas explicaciones de todo, tomadas ya de lo que había leído, ya de lo que había padecido. Cuando Cosette le escuchaba, sus miradas erraban vagamente.

Este hombre sencillo llenaba el pensamiento todo entero de Cosette; del mismo modo que aquel jardín inculto bastaba á su vista. Cuando había perseguido á las mariposas se acercaba á él sofocada, y le decía: —¡Ah, cuánto he corrido!—y él la besaba en la frente.

Cosette adoraba al buen hombre, y siempre iba detrás de él; donde estaba Juan Valjean, allí estaba su felicidad. Como Juan Valjean no vivía ni en el pabellón, ni en el jardín, Cosette se encontraba más á gusto en el patio empedrado, que en el recinto lleno de flores; y en el cuartito amueblado con sillas de paja, mejor que en el gran salón cubierto de alfombras y de sillones de gran respaldo. Juan Valjean le decía algunas veces sonriéndose ante la dicha de verse importunado:

—Pero vete á tu cuarto: ¡déjame solo un rato!

Cosette entonces le reñía, dirigiéndole una de esas reprensiones tan tiernas y tan llenas de gracia cuando las dirige una hija á su padre.

—Padre, tengo mucho frío en vuestra habitación: ¿por qué no ponéis aquí una alfombra y una estufa?

—Hija mía: ¡hay tantos que valen más que yo, y que no tienen ni aún techo para abrigarse!

—Entonces, ¿por qué tengo yo lumbre en mi cuarto, y todo lo que me hace falta?

—Porque tú eres mujer y niña.

—¡Bah! Pues qué, ¿los hombres deben sufrir el frío y pasarlo mal?

—Algunos hombres.

—Pues bueno; vendré aquí con tanta frecuencia, que os veréis obligado á encender lumbre.

También solía decirle:

—Padre, ¿por qué coméis pan tan malo como ese?

—Porque sí, hija mía.

—Pues bien, si coméis de él, yo también comeré.

Y entonces, para que Cosette no comiese pan negro, Juan Valjean comía pan blanco.

Cosette sólo recordaba confusamente su infancia. Rezaba por mañana y noche por su madre, á quien no había conocido. Los Thenardier habían quedado en su memoria como dos figuras repugnantes que se la hubiesen aparecido en sueños; recordaba que había ido «un día por la noche» á buscar agua á un bosque, creía que muy lejos de París; le parecía que había empezado á vivir en un abismo, y Juan Valjean la había sacado de él. Cuando pensaba en su infancia, sentía lo mismo que si recordase un tiempo en que no hubiera habido en su derredor más que cienpiés, arañas y serpientes; y cuando meditaba sobre todas estas cosas por la noche, antes de dormirse, como no tenía seguridad de ser hija de Juan Valjean, pensaba que el alma de su madre se había trasladado al cuerpo de aquel hombre, y había venido á morar á su lado.

Cuando él se sentaba, ella apoyaba la cabeza en sus blancos cabellos, y dejaba caer silenciosamente una lágrima, diciéndose:—¡Tal vez este hombre es mi madre!

Cosette, por más que esto parezca extraño, en su

profunda ignorancia de niña educada en un convento, y siendo, por otra parte, la maternidad una cosa completamente ininteligible para la virginidad, había concluído por figurarse que había tenido tan poca madre como fuera posible tener. No sabía ni aún el nombre de esta madre: siempre que preguntaba sobre el particular, Juan Valjean guardaba silencio; y si repetía la pregunta, respondía con una sonrisa: una vez insistió, y la sonrisa concluyó por una lágrima.

Este silencio de Juan Valjean cubría con un espeso velo á Fantina.

¿Era esto prudencia? ¿Era respeto? ¿Era temor de entregar este nombre á otra memoria que no fuese la suya?

Mientras Cosette había sido niña, Juan Valjean le había hablado con gusto de su madre; cuando llegó á ser joven, le fué imposible hablarla de ella. Creyó que no debía atreverse á tanto. ¿Hacia esto por Cosette ó lo hacía por Fantina? Experimentaba una especie de horror religioso ante la idea de hacer penetrar aquella sombra en el pensamiento de Cosette, y de introducir entre los dos la tercera persona de la difunta madre: cuanto más sagrada era para él esta sombra, más temible le parecía; pensaba en Fantina, y se sentía dominado por el silencio. Veía vagamente en las tinieblas una cosa que se parecía á un dedo sobre una boca. Todo el pudor que había tenido Fantina, y que durante su vida había salido de ella violentamente, ¿había vuelto después de su muerte á posarse sobre ella, á velar indignado por la paz de aquel cadáver, y á guardar fieramente su tumba? ¿Juan Valjean experimentaba la presión de este pudor sin saberlo? Nosotros, que creemos en la muerte, no rechazaríamos una explicación misteriosa. De aquí la imposibilidad de pronunciar, aún para Cosette, este nombre: Fantina.

Un día le dijo Cosette:

—Padre, esta noche he visto á mi madre en sueños. Tenía dos grandes alas: mi madre debe de haber sido en vida casi una santa.

—Por el martirio,—respondió Juan Valjean.

Por lo demás, Juan Valjean era feliz.

Cuando Cosette salía con él, se apoyaba en su brazo, orgullosa, feliz en la plenitud del corazón. Juan Valjean, en todas estas muestras de una ternura tan exclusiva y tan satisfecha, sentía un placer delicioso. El pobre hombre temblaba inundado de una alegría angelical; creía que aquello duraría toda la vida; se decía que verdaderamente no había padecido bastante para merecer tan brillante porvenir, y daba gracias á Dios, en las profundidades de su alma, por haber permitido que fuese amado de este modo un miserable, por aquel ser inocente.